

A Mostra Invisible, o mejor dicho: La Muestra Audible

Con este juego de palabras pretendo traducir el título original de la exposición en términos que tengan una relación más directa con el oído; con la escucha. Porque “*mostrar*” refiere a algo que se presenta para que sea visto, e “*invisible*” es algo que no puede ser visto. Este encuentro de antónimos representa, a mi entender, una declaración de intenciones clara, implícita. Un sutil “acto político” del comisario Delfim Sardo que apunta a la promoción y difusión del fenómeno sonoro y a su integración en los circuitos habituales de expresión artística. Pero insisto en traducir el título de la exposición como una *Muestra Audible*, más cercana a la propia esencia inmaterial de sus contenidos y, sobre todo, más alejada de una antigua y ya histórica lucha de lo sonoro contra lo visual que a día de hoy no tiene demasiado interés.

Hagamos un vertiginoso recorrido histórico por la evolución humana para vislumbrar la hegemonía de lo visual sobre el resto de sentidos humanos. La vista le ha servido a los primeros habitantes del planeta para sobrevivir (cazar exigía “ver” a la presa), y como dice Delfim Sardo: “el oído está unido a la vista casi tan indisolublemente como el paladar al olfato”. Es cierto, pero en esos primeros momentos de la existencia humana ya existía una - vamos a llamarle tecnología - que permitía la reproducción de la imagen: el reflejo de uno mismo en el agua. Sin embargo no existía una tecnología para reproducir el sonido: la voz humana es escucha en tiempo real por los propios oídos del que habla, pero es una escucha coloreada, no se corresponde con lo que escuchan los demás; las fosas nasales y otros elementos acústicos no nos permiten conocer/escuchar el verdadero timbre de nuestra voz. Incluso el Eco, como fenómeno acústico que permite una autoreproducción de lo sonoro, es fragmentado, incompleto y escasamente literal. Aquí tenemos el origen del problema.

Mucho más tarde, cuando la invención del grabado o del papel, aparece una tecnología que permitiría la conservación y reproducción de la imagen (también la copia). Esa tecnología, perfeccionada con la invención de la imprenta en el siglo XII, ejerció como elemento para la difusión visual, al mismo tiempo transformadora de mundos orales en mundos visuales; promovió un sentido de identidad privada. ¿Y cuándo aparece en la historia una tecnología que permitía la reproducción literal de lo audible? Pues a finales del siglo XIX (el fonógrafo de Edison), es decir, casi 8 siglos después de la invención de la imprenta. “Vivimos en un universo poblado de imágenes”, dice el comisario, igualmente estamos rodeados de sonido, pero no lo percibimos igual, no contiene la misma densidad de información, no hemos sido educados para codificarlo: “la introducción del sonido es, en primera instancia, el hito más tardío de la salida del campo de la visualidad hacia otro campo, más amplio y, simultáneamente (aparentemente, también) sin reglas estéticas para su juicio”, insiste Sardo. Sigamos con estas comparaciones, entre oído y vista, vamos a ser demagógicos.

El oído no tiene párpados, como decía Pascual Quignard, no existe un elemento fisiológico que permita “apagar” el sentido del oído, como así ocurre con la vista. Cuando no nos gusta una imagen sólo tenemos que darle la espalda o cerrar los párpados, sin embargo cuando no nos gusta un sonido debemos huir de él, no podemos evitarlo, “ocupa el espacio llenándolo hasta el momento en que el espectador toma conciencia de que su cuerpo está siendo moldeado en sonido, tanto física como emocionalmente lejos”, dice el comisario. Cuando dormimos la vista se apaga, off. El oído permanece conectado, activo, atento a los peligros que puedan comprometer nuestra vida, se convierte en el sentido de la supervivencia por excelencia. El sonido tiene, entonces, cierto componente subversivo e incontrolable, elementos que lo han apartado históricamente de las salas de exposiciones, y que dada su condición inmaterial, asociada inevitablemente al concepto de tiempo (en el caso de las grabaciones, a un residuo del tiempo) el mercado del arte ha tenido serios problemas para darle forma e incorporarlo a la materialidad de la obra artística.

Actualmente el arte se va separando del objeto artístico y se acerca a las prácticas sociales, se desmaterializa y el artista actúa como gestor cultural, organizando eventos sociales. Se abandona el territorio del arte y se impone la ideología del artista; se transforman los temas de la ciudadanía en temas de arte. El sonido tiene ahora una excelente oportunidad por su esencia efímera,

asociada al tiempo real, a la realidad; es un evento en sí mismo, esa es su condición.

Unas pinceladas sobre la exposición

“Histórica” sería el adjetivo que más se aproxima al enfoque de esta muestra. Recorrido vertiginoso que viaja desde el futurismo de principios del siglo XX, con Luigi Russolo, hasta el humor del joven Martin Creed o los experimentos sonoros de Stephen Vitiello, dos artistas contemporáneos que adoptan actitudes creativas propias de este tiempo. Decía Roy Ascott hace unos años que lo que difiere o divide a una generación a la que llama antigua de una que considera actual es que la antigua representa mientras que la actual construye, del plano figurativo al *pattern*, de la perspectiva a la inmersión, del objeto al proceso, del contenido al contexto, de la recepción a la negociación, de la iconicidad a la bionicidad, de la naturaleza a la vida artificial, de la observación a la acción y del automatismo cerebral a la mente distribuidora. En esta exposición se percibe claramente este salto generacional, este modo diferente de adoptar discursos artísticos, este componente historicista, y es por ello que el comisario ejerce como historiador, siempre desde un punto de vista cinematográfico, narrativo, propio de una generación heredera de los descubrimientos que en Radio France protagonizaron artistas como Pierre Henry, Pierre Schaeffer o el más cercano a estos discursos, Michel Chion. Artistas que han adoptado un discurso más propio de la narración con imágenes que la narración con sonidos.

Está claro que cada era tecnocultural contiene dentro de sí las anteriores a ella. Los modos culturales anteriores tienden a seguir permeando los presentes. Es muy fácil pensar que cada nueva tecnología supone un corte radical con lo anterior (digo nueva tecnología porque en el campo del Arte Sonoro ha permitido mutar paradigmas), pero siempre existen adherencias, aún más pronunciadas al principio de cada evolución. Será necesario, como decía McLuhan, ver el presente a través de un espejo retrovisor, avanzar marcha atrás hacia el futuro para no perder en ningún momento la conexión con el pasado. Esta exposición está lejos de ser un espectáculo multimedia propio de este tiempo, pero es capaz de crear otras realidades que hacen conscientes aspectos inconscientes de la realidad, y lo más importante: es lo que se ve a través de ese espejo retrovisor en el que miramos desde el presente.

Chiu Longina

Artistas presentes en A Mostra Invisible: Vito Acconci, Joseph Beuys, Louise Bourgeois, James Lee Byars, John Cage, Janet Cardiff, Martin Creed, Luísa Cunha, Ceal Floyer, Rodney Graham, Raoul Hausmann, Juan Hidalgo, José Iges, Joan Jonas, On Kawara, Douglas Khan, Christophe Kihm, Antoni Muntadas, Bruce Nauman, Julião Sarmiento, Kurt Schwitters, Michael Snow, Luigi Russolo, Stephen Vitiello, Olivier, Razac y Guy Rosolato.

Publicado en la Revista Art Notes, número 13/4 (2006)